

CONSIDERACIONES SOBRE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO¹

Jamás se ha mostrado Dios tan grande, que cuando se ha hecho pequeño; ni se ha dejado ver tan poderoso, que cuando se ha mostrado débil; ni ha parecido más amable, que cuando le hemos visto pobre y menesteroso.

Cuando yo veo a un Dios que se hace hijo del hombre, considero que el hombre puede llegar a ser hijo de Dios, y esto me consuela; cuando yo le veo en un establo, concibo que es menester humillarse; y esto me asombra; cuando le veo sobre la paja, conozco que todas las grandezas mundanas son basura, y esto me obliga a despreciarlas; cuando le veo llorar, gemir y temblar de frío, infiero que es necesario padecer y esto me da ánimo para abrazar la penitencia.

Cristiano, mira el cuerpo de ese Niño; es el templo augusto de sabiduría; todas sus acciones son reglas de sabiduría; lecciones sus gemidos, y elocuentes expresiones sus lágrimas. La sabiduría tiene ahí su escuela y academia en el establo, su trono en el pesebre, su voz es el silencio, y su sueño el éxtasis de excelsa virtud. Entra, pues, en ese establo, y aprende de tu divino Maestro el desprecio de todo lo que estima el mundo.

¡Oh divino Niño! ¡Oh, el deseado de todas las naciones! ¿cómo entráis Vos en el mundo? ¿cómo os reciben vuestros vasallos? ¿Es este el magnífico aparato con que debíais aparecer en la tierra? ¿Quién hubiese creído más que un Dios, queriendo hacerse hombre, naciera en un establo, y llorara con un niño?.

¡Oh divino Infante, el amor de todos los siglos, el más hermoso de los hombres, la alegría del paraíso! ¡cómo siento enternecerse mi corazón cuando os veo llorar y gemir!. Mucho tiempo he estado resistido a vuestro poder, más ese vuestro estado de debilidad me desarme y me prende; he despreciado vuestra grandeza aunque terrible; pero vuestra humildad me arrebató y me cautiva; he luchado contra Vos, siendo mi Dios, y triunfáis de mi corazón como hombre; me he defendido muchos años contra vuestra cólera; pero ya no puedo resistir a vuestro amor.

¹ Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Manila 1878 N° 52 Pág. 419.

¡Oh el más grande de todos los Reyes, pues que sois tan admirable como Dios, sed tan amable como hombre! Más me asombra veros abatido que glorioso; más me admira veros llorar en la tierra, que tronar en el cielo; una sola lágrima vuestra excita mayor fuego de amor en mi corazón, que todos los relámpagos del monte Sinaí. Ya que habéis tomado todos mis males, no dudo que me daréis todos vuestros bienes y que me subiréis al cielo; ya que habéis querido bajar a la tierra para buscarme y salvarme.

¡Oh amado Hijo de María! Venid a mis brazos; descansad en mi corazón; bañadme con vuestras lágrimas; bendecidme con vuestras manecitas; besadme con vuestra sagrada boca. Me olvido de lo que soy, viendo que Vos os habéis olvidado de lo que erais; si faltó al respeto que os debo, culpád de ello a vuestro amor que tiene la causa; y sino queríais que os amaran, ¿por qué os hacíais tan amable?.

¡Oh Jesús y Salvador mío!, me estremezco cuando os considero en el trono de vuestra gloria; pero ¡cuán penetrado me siento de alegría, de amor y de confianza, cuando os veo fijado en un pesebre!. ¿Os habéis hecho niño para que os teman? ¡Ah! Si me pierdo, no será por vuestra culpa, sino por la mía; pero no permitáis Señor mío, que esto suceda: ya que habéis bajado del cielo a la tierra para buscarme, no huyáis de quien os busca, ni consintáis que me condene, pues que vinisteis al mundo para salvarme.

FR. JOSÉ CUETO O. P.